17. El primer testigo de la muerte gloriosa

El centurión había gritado: «¡Verdaderamente este era Hijo de Dios!». Quizás los amigos del hombre crucificado no habían entendido su latín ni su griego. De entre sus soldados, asustados por el terremoto y la oscuridad, solo algunos lo habían mirado con expresión interrogativa, quizás desdeñosa, creyendo que se había vuelto loco. Pero nadie le había dado verdadera importancia al asunto, a él, a lo que estaba viviendo, y él también se había apresurado a hacer como si nada y a continuar con la ejecución de los tres malhechores.

Ahora, la orden de acudir de inmediato ante Pilato, en el fondo, le servía de buena distracción, le devolvía a la realidad. Quizá había esperanza de olvidarlo todo y volver a la vida de antes, a la espera de regresar por fin a Roma, de dejar aquel país tan complicado, a esos judíos siempre rebeldes contra César por sus convicciones religiosas, y disfrutar de su jubilación en alguna villa en la campiña del Lacio o en la Toscana.

Pero nada más llegar a casa de Pilato, ve que fuera hay un judío bien vestido, rico, y comprende que, evidentemente, el procurador no podía haberlo llamado precisamente esa noche sin que el motivo fuera precisamente ese condenado al que había visto morir.

Pilato lo recibe, también él diferente de lo habitual. Ve que el procurador lo esperaba casi con ansiedad, que quiere preguntarle algo que, en el fondo, le interesa más que los habituales informes de misión cumplida. Le pregunta si Jesús el Nazareno ya ha muerto, si realmente ha muerto tan rápido.
El centurión se convierte entonces en el primero en la historia del cristianismo en anunciar a un pagano la muerte de Cristo.
Y allí, este hombre, se siente impulsado a no limitarse a dar la información objetiva: «Sí, murió hacia la hora novena, antes que los otros dos condenados. Lo hemos comprobado perforándole el pecho y de allí solo salió agua y sangre. Se había desangrado por completo».
Se da cuenta de que no puede hablar así de la muerte que ha presenciado. Pilato percibe su vacilación, casi como si fuera alguien que tiene que comunicar a un padre la trágica muerte de su hijo.

Pilato lo escruta, y le invade de nuevo esa sensación de temor que sintió mientras juzgaba a Jesús. Por eso no pierde la paciencia. Se queda allí, ante la actitud inusual de su centurión, sin hablar, mirándolo fijamente, casi con reverencia. La autoridad ya no es suya: el otro ha vivido una experiencia más grande que la suya, o quizá la misma que él vivió aquella mañana cuando vio a Jesús regresar de la flagelación, tan maltrecho y, sin embargo, tan grande, tan imponente.

El centurión se olvida de quién tiene delante: en su corazón solo ve a Jesús y, como si se hablara a sí mismo, describe aquella escena, las últimas palabras, ese último suspiro interminable, ese inclinar la cabeza, ese silencio terrible, esa desaparición de todo y de todos de su percepción del mundo, ese quedarse solo con Jesús, y

también ante Pilato se encuentra repitiendo lo que dijo, lo que confesó de inmediato: «¡Verdaderamente este era Hijo de Dios!»

Pilato retrocede, como si hubiera recibido un golpe violento. Se gira hacia el otro lado, hacia la pared. El centurión guarda silencio, pero, curiosamente, siente en su interior una gran paz. Ha desaparecido ese asco, esa tristeza vacía que sentía antes, esa niebla sin horizonte. Porque cuando habló de Jesús, de su muerte, de su último aliento, sintió como si lo que había visto y reconocido a las tres de la tarde permaneciera, estuviera allí, estuviera en él, fuera una realidad que no había terminado, que seguía siendo un don. Era como si hubiera vuelto a sentir sobre sí mismo el soplo de ese espíritu, ese último aliento que para él era un comienzo sin fin.

No sabía cómo, ni por qué, ni de qué manera, pero de repente en su corazón había brotado la certeza de que aquel Hombre estaba vivo, de que no había presenciado una simple muerte, sino el nacimiento de una nueva realidad, totalmente ligada a aquel Hombre, que consistía por completo en Él. Una nueva realidad que ya había comenzado en él, en su corazón, y que, por lo tanto, no podía negar. El Nazareno ya vivía en él, ya lo sentía vivir en él, como si ese soplo vital que había salido de su cuerpo moribundo hubiera entrado en él. De hecho, le había llamado la atención que, en aquel momento, la madre de Jesús se hubiera quedado allí, de pie, sin desmoronarse como debería haberlo hecho una mujer judía ante la muerte de un hijo, ¡y qué muerte! Se había quedado allí mirando fijamente a su Hijo, como si viera algo más allá de su muerte, más allá del tormento, más allá del mal que había alcanzado su punto álgido.

Pilato lo despidió sin hacer comentarios. Solo le dijo que permitiera al judío rico que estaba en la puerta recoger el cuerpo del condenado y enterrarlo donde quisiera. Incluso le ordenó que lo acompañara durante todo el proceso para evitar cualquier posible irregularidad, lo cual el centurión acogió con secreta emoción al pensar que podría volver a ver al Nazareno.